

La esencia de la vida cristiana - Según Teófilo el Recluso

Las personas se preocupan por la educación cristiana, pero la dejan incompleta. Descuidan el aspecto más esencial y el más difícil de la vida cristiana y permanecen en el más fácil, el visible y exterior.

Esta educación imperfecta y mal dirigida hace que los cristianos observen lo más correctamente posible todas las reglas y las formas exteriores de una vida devota, pero que se interesen poco o nada por los movimientos interiores del corazón y por el progreso verdadero de la vida interior.

Evitan pecar gravemente, pero no vigilan los pensamientos de su corazón. Se permiten, pues, a veces, juzgar a los otros, se dejan llevar por el orgullo o la jactancia, se enfurecen (como si ese sentimiento pudiera ser justificado por una buena causa), se distraen por la belleza y los placeres; ofenden a los otros en sus momentos de irritación, son demasiado perezosos para pensar o se pierden en pensamientos vanos en el momento de la oración. No se turban de ninguna manera por esas cosas, sino que las consideran insignificantes. Van a la iglesia o rezan en sus casas según una regla establecida, se entregan a sus ocupaciones habituales y se sienten así perfectamente satisfechos de sí mismos y en paz. Pero casi no se preocupan por lo que pasa en su corazón. Éste, durante todo ese tiempo, puede cultivar los malos pensamientos, quitándole a su vida honesta y piadosa todo el valor que podía tener.

Tomemos ahora el caso de alguien que conoció ciertos desfallecimientos en su vida cristiana. Toma conciencia de esas insuficiencias, constata la imperfección del camino que sigue y la inestabilidad de sus esfuerzos. Se desvía entonces de lo que su piedad tenía de formal para esforzarse por llegar a una vida interior. Es conducido a ello a través de la lectura de los libros espirituales, o por conversaciones con aquellos que conocen la esencia de la vida espiritual, o incluso por la insatisfacción que le procuran sus propios esfuerzos, por una cierta intuición de que algo le falta y que todo no va como debería ir.

A pesar de la aparente honestidad de su vida, no encontró la paz. Le falta aquello que fue prometido a los verdaderos cristianos, "la paz y el gozo en el Espíritu Santo" (Rom 14, 17).

Una vez que este pensamiento inquietante se hace presente en él, sus conversaciones con personas experimentadas o sus lecturas le revelan lo que anda mal. Ve el defecto esencial de su vida: su falta de atención a los movimientos interiores de su corazón y su falta de dominio de sí.

Comprende, entonces que la esencia de la vida cristiana consiste en permanecer ante Dios con el intelecto unido al corazón, en Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo.

Entonces, llega a ser capaz de controlar todos sus movimientos interiores y todas sus acciones exteriores, para poner todo al servicio de la Santísima Trinidad, haciendo consciente y libremente una ofrenda a Dios de todo su ser.

Una vez que se tomó conciencia de lo que es verdaderamente la esencia de la vida cristiana y cuando se ha descubierto que es algo que todavía no se posee, el intelecto se pone en acción con el espíritu de adquirirlo. Se pone a leer, a reflexionar y a actuar.

Uno llega a darse cuenta de que la vida cristiana depende de la unión con el Señor. Pero, entonces, en tanto se reflexiona sobre esta verdad sólo con la inteligencia, ésta permanece lejos del corazón y no tiene ningún sentido. Y de esto, no se obtiene ningún fruto.

En ese momento el hombre diligente mira dentro de sí. ¿Qué descubre allí? Un vagabundear incesante de pensamientos, pasiones en continuo movimiento, un corazón frío y duro, obstinación y desobediencia, el deseo de hacer todo según la propia voluntad. En una palabra, se descubre interiormente en muy mal estado. Viendo esto, su celo se inflama, y comienza a hacer esfuerzos encarnizados para desarrollar su vida interior, sus pensamientos y las disposiciones de su corazón.

Los consejos que recibe le enseñan la necesidad de vigilarse, de vigilar los movimientos interiores del corazón. Para no aceptar nada malo, debe mantener el recuerdo de Dios. Se pone, pues, a la obra para llegar a este recuerdo y detener el tropel de sus pensamientos. No puede evitar sus sentimientos y sus impulsos malos, así como un cadáver no puede evitar la hediondez. Su intelecto, como un pájaro mojado y aterido, no puede elevarse hasta el recuerdo de Dios.

¿Qué hacer, entonces? Tenga paciencia, se le dice, y continúe sus esfuerzos. Continúa, pues, pero en su corazón todo permanece idéntico. Finalmente, se encuentra con alguien experimentado que le explica que todo ese desorden que hay en él proviene del hecho de que sus fuerzas íntimas están divididas. El intelecto y el corazón deben estar unidos; entonces el vagabundear de los pensamientos se detendrá, y habrá encontrado un timón para dirigir su barco, una palanca con la que podrá poner en movimiento todo ese mundo interior.

Pero, ¿cómo unir el intelecto y el corazón? Tomen por costumbre pronunciar esta oración:

"Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí",

teniendo cuidado de mantener siempre la atención del intelecto en el corazón. Y esta oración si aprenden a recitarla bien, o más bien cuando esté injertada en su corazón, los conducirá al objetivo que deseen.

Unirá el intelecto y el corazón, arrancará sus pensamientos de su habitual vagabundeo, y les dará el poder de dirigir los movimientos de su alma.